

Cuando las panteras no eran negras

FABIO MORÁBITO

ILUSTRADO POR ABRAHAM BALCÁZAR



Cuando las panteras no eran negras

*A LA
ORILLA
DEL VIENTO*



Primera edición, 2010
Séptima reimpresión, 2020

[Primera edición en libro electrónico, 2013]

Morábito, Fabio

Cuando las panteras no eran negras / Fabio Morábito; ilus.
de Abraham Balcázar. — México : FCE, 2010
102 p. : ilus. ; 19 × 15 cm — (Colec. A la Orilla del Viento)
ISBN 978-607-16-0203-9

I. Literatura infantil I. Balcázar, Abraham, il. II. Ser. III. t.

LC PZ7

Dewey 808.068 M449c

© 2010, Fabio Morábito, texto
© 2010, Abraham Balcázar, ilustraciones

D. R. © 2010, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5449-1871

Editores: Eliana Pasarán y Carlos Sánchez Gutiérrez
Diseño gráfico: Miguel Venegas Geffroy
Diseño de la colección: León Muñoz Santini

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-0203-9 (rústico)
ISBN 978-607-16-1763-7 (electrónico-epub)
ISBN 978-607-16-1796-5 (electrónico-mobi)
ISBN 978-607-16-3656-0 (electrónico-pdf)

Hecho en México • *Made in Mexico*

Cuando las panteras no eran negras

FABIO MORÁBITO



ilustrado por
ABRAHAM BALCÁZAR



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Para Diego

1

Las panteras no siempre fueron negras. Al principio eran de color pardo, como los leones, no eran solitarias como ahora y tampoco cazaban de noche. Vivían en grandes hordas y cazaban en grupo a pleno día, como los leones, a los que de hecho imitaban en todo, apostándose como ellos junto a los abrevaderos donde las gacelas, los ñus y las cebras iban a calmar su sed en las horas más calurosas.

Los leones usaban como ahora un método que les daba buenos resultados, pues mientras uno o varios de ellos salían repentinamente de la espesura para asustar al rebaño de herbívoros, otros, que se habían escondido detrás de unas rocas o unos arbustos, esperaban que la estampida de animales viniera hacia ellos para salir al descubierto y atrapar a la bestia que pasara más cerca. Una táctica simple, pero eficaz.

Las panteras, que los imitaban en todo, salían igualmente a espantar el rebaño de cebras y de ñus mientras otras panteras esperaban escondidas, pero al salir las primeras de la espesura, lo más común era que el rebaño corriera hacia el lado contrario de donde se encontraban las otras, las cuales se quedaban viendo

cómo los herbívoros se alejaban al galope. Salían entonces de su escondite, jurando y perjurando que la culpa era del otro grupo, que empujaba a los animales en la dirección equivocada, pero las otras les rebatían que las culpables eran ellas, que no se sabían esconder. Y así, en esos reclamos, se les iba la vida, y al final nadie entendía por qué los leones, que usaban el mismo truco, cazaban tantos animales y ellas apenas los suficientes para no morir de hambre.

A decir verdad, también los leones pasaban varios días sin atrapar un solo animal y a menudo se veían en la necesidad de comer las carroñas de animales cazados por los guepardos o los perros salvajes. Y en la estación seca, cuando los grandes rebaños de herbívoros emigraban a los lugares más húmedos y la caza bajaba enormemente, sobre todo los más jóvenes mostraban en sus cuerpos los estragos del ayuno. Las panteras, con tal de no ver, volvían la cabeza hacia otra parte, fijándose en los poderosos machos y en las leonas maduras, que siempre tenían buen aspecto porque se quedaban con lo mejor de los animales abatidos y con frecuencia dejaban que los más jóvenes y los cachorros se murieran de hambre.

Con las primeras lluvias de octubre, cuando los herbívoros regresaban a las grandes praderas para alimentarse de la hierba fresca y la caza prosperaba de nuevo, las panteras que no habían muerto en la sequía olvidaban todo lo que habían visto en esas

semanas aciagas y lo primero que borran de sus recuerdos era el aspecto alucinante de los leones a causa de la hambruna.

El regreso de los rebaños después de la estación seca era para todos los cazadores el mejor periodo del año. Había tal abundancia de animales que era casi imposible no comer hasta hartarse. Era la única época en que las panteras se desentendían de los leones, pues todos los carnívoros estaban tan ocupados en cazar que nadie se fijaba en lo que hacía el vecino. Leones, leopardos, panteras, chacales, guepardos, licaones: las partidas de caza salían regularmente hacia las praderas llenas de herbívoros en un continuo vaivén de cazadores que iban y venían, abandonando sus reductos para bajar a la llanura hirviente de rebaños y regresar poco después para recuperar sus fuerzas y organizar otra salida. Una cacería se sucedía a otra, a menudo se cruzaba con otra y cuando, debido al intenso tráfico, una pantera que acosaba a un ñu llegaba a chocar con un guepardo que venía en sentido contrario persiguiendo a un antílope, no era raro, después del terrible frentazo y las disculpas apresuradas, que se intercambiaran las presas y la pantera acosara al antílope del guepardo y éste al ñu de la pantera.

Una ebullición de persecuciones y fugas, de estampidas y frenazos, hacía que el polvo levantado se quedara suspendido en el aire todo el día. Sólo al atardecer, cuando los grandes rebaños se fragmentaban en islotes de no más de diez o doce

animales y la caza se desperdigaba en multitud de direcciones y ramales nuevos, el polvo del llano bajaba otra vez y muchos carnívoros y herbívoros se retiraban a sus lugares de descanso, hartos de cualquier cosa relacionada con la persecución y la sangre. Era frecuente ver entonces, lejos de las batidas periféricas que seguían teniendo lugar en los bosques aledaños o en las primeras tierras escarpadas, a un león tirado en la hierba a pocos metros de una cebrá, los dos rendidos, uno indiferente al otro, sólo deseosos de descansar y recobrar las fuerzas para el día siguiente.

La época de abundancia duraba poco. Muchos animales de hierba emigraban hacia sus praderas de origen y en el gran llano se restablecía el antiguo equilibrio entre carnívoros y herbívoros. La caza se hacía otra vez difícil y las panteras volvían a admirar a los leones, sobre todo a los grandes machos, cuyas melenas en esos meses eran más tupidas y oscuras.

Las leonas, por su lado, incapaces de resignarse a la abrupta disminución de alimento, cruzaban nerviosas los altos pastizales, rugían a la menor provocación y antes de una o dos semanas no volvían a ser amorosas con sus cachorros. Siendo ellas quienes en realidad cazaban dentro de la manada, resentían más que los machos el final de la época de prosperidad. Su nerviosismo las volvía irascibles y las jerarquías del grupo se tambaleaban. Pero los machos, conocedores de su propia fuer-

za, apenas respondían a sus agresiones, dejando que se aplacaran por sí solas, y fuera de una que otra escaramuza que rompía la calma de la horda, esos días de tensión pasaban sin mayor disgusto. En la horda de al lado, en cambio, surgían serias desavenencias e incluso derramamientos de sangre, porque a fuerza de acomodar su modo de vida al de sus poderosos vecinos, las panteras habían perdido el sentido de las proporciones y hacían de cualquier nimiedad una cuestión de vida o muerte. Competían entre sí para parecerse lo más posible a los leones y cuando salían a cazar, trémulas de entusiasmo porque creían que los leones las estaban mirando (cosa absolutamente improbable), perdían su naturalidad y la caza se volvía una tortura. Sobre el bastidor de la táctica simple y eficaz de sus vecinos bordaban minuciosas variaciones para deslumbrarlos, mientras los leones roncaban la mayor parte del día. Y al querer ser como ellos, atacaban animales que sólo los leones podían abatir, como los búfalos y los hipopótamos. Contra semejantes colosos las panteras eran impotentes, pero se acordaban cuando ya se había trabado la lucha y sentían lo lejos que estaban de poder rendirlos o tan siquiera lastimarlos. El búfalo, en cambio, a menudo, las dejaba mortalmente heridas con sus cornadas, y el hipopótamo, cuya piel correosa no podían penetrar los colmillos de las panteras, podía aplastarlas con su peso descomunal.